

Tranquilo. Hasta que lo abras. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo. Sin sorpresas: a su dueño.



Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: los dragones de verdad no existen y los paquetes no vuelven volando. Para una fiesta de verdad, mira la última página. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 5

Una tarta para dos

LinguAula



(el cuaderno de Guni)

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 5

Una tarta para dos

Quinto libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde», «No abrir antes del trueno», «Devuelto, por favor» y «¡Aquí no, Miga!».

Texto e ilustraciones: LinguAula

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

Primera edición: 2026

© 2026 LinguAula · info@linguaula.com

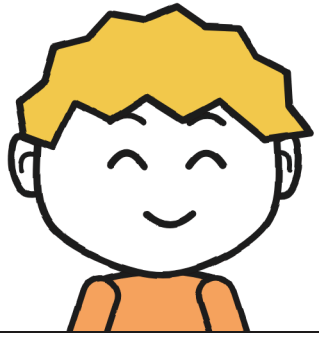
Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tipografías: Andika, Patrick Hand, Caveat y Courier Prime (licencia SIL OFL).

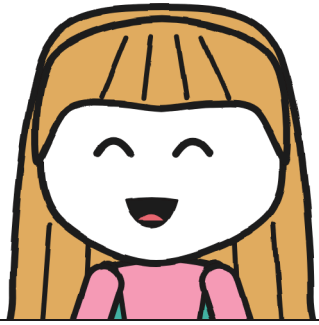
Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Ninguna tarta resultó herida durante la escritura de este libro. Partida en dos, sí. —J.

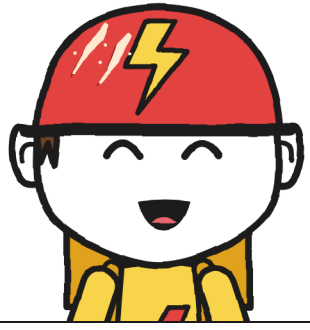
QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Repartidor de los sábados. Este cuaderno es suyo. Le gustan las tardes tranquilas.



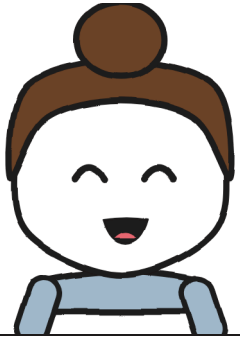
Julita. Escribe en verde y firma J. Le gustan las fiestas con música. Y las sorpresas.



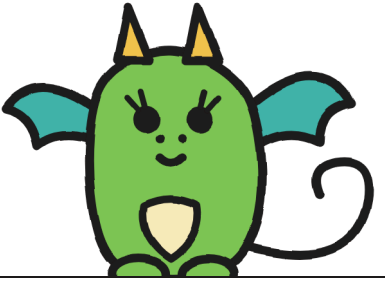
Toño. Reparte para RAYO, en diez minutos o gratis. Lo que no reparte son trampas.



Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Lleva sombrero de bruja. Sabe más de lo que dice.



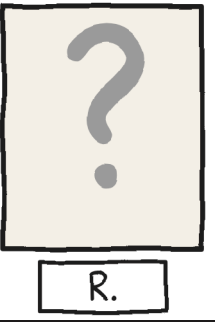
Elia. La panadera del barrio. Tiene un horno y dos manos.



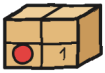
Miga. Una cría de dragón. Vive con Vera. Le gustan las velas. Demasiado.



El paquete n.º 5. Por fuera, igual que todos. En la etiqueta pone: MONTAR DONDE QUEPA.



R. Manda los paquetes que nadie consigue entregar. Nadie dice su nombre.



CAPÍTULO 1

Dos invitaciones

El cuaderno 4 se acabó con una zapatilla dormida, y no se me ocurre mejor final para un cuaderno. El 5 es rosa. Rosa fresa, como el glaseado de las tartas, con el sello de la tienda en una esquina. Mara lo dejó en el mostrador el sábado por la mañana, sin decir nada, y se puso a alinear los frascos de tinta con una atención que no necesitaban. Es su manera de no mirar.

Para la primera página llevaba toda la semana probando palabras. Al 2 le puse OFICIAL; al 3, SECRETO; al 4, DEFINITIVO. Debo de tener debilidad por las palabras con cerradura. Esta vez no tuve que buscar: me salió sola, como sale lo que uno lleva días queriendo sin haberse dado cuenta.

Arriba escribí CUADERNO DE REPARTO 5 · de Guni, que es lo que se escribe. Debajo, despacio y con el lápiz recién afilado, una sola palabra:

TRANQUILO.

Sin exclamación. Una exclamación tranquila sería una contradicción, y con las contradicciones voy con cuidado.

Julita estaba al otro lado del mostrador, inclinada, con la cabeza ladeada como un loro que escucha la radio. No me pidió el cuaderno. No le hizo falta: lee del revés igual de deprisa que del derecho, y con bastante más descaro.

—Tranquilo —dijo, a la palabra, no a mí.

Sacó el rotulador verde, que ya escribía flojo, tiró del cuaderno hacia ella con un dedo y me dejó debajo:

"Tranquilo" lo escribe quien no sabe lo que le espera. —J.

La leí tres veces buscando el punto en que se equivocaba. No lo encontré, y me preocupó menos de lo que habría debido.

Para quien llegue a este cuaderno sin haber pasado por los otros: la tienda se llama Entregas Imposibles y es de Mara, que es bruja, lleva sombrero morado y tiene un sello que, al estamparse, suelta chispas con olor a vela apagada. En la estantería de la izquierda guarda los devueltos, paquetes que nadie ha conseguido entregar, mandados todos por R. Si quien recibe uno no firma la etiqueta con tinta que no se borra, al amanecer el paquete regresa volando a su balda. Eran veinte. Julita y yo hemos entregado cuatro: un huevo de dragón, unas semillas con patas, una campanilla y un equipo de llegada. En la pared, con letra verde, pone QUEDAN 16.

Ayer, viernes 16, fue mi cumpleaños. Lo celebré en casa, con mi madre: bizcocho de limón, dos tazas y nadie cantó. Fue perfecto.

Lo del canto necesita explicación, porque en mi casa no es un descuido, es un acuerdo. Mi madre me lo había preguntado la víspera, con el cuchillo del pan en la mano: «¿Canto o no canto?». Dije que no. Asintió como quien firma, y cumplió. Cortó el bizcocho en cuatro partes iguales, dos para entonces y dos para luego, y durante un rato largo lo único que se oyó fue una cucharilla contra una taza, la nevera y, muy lejos, un autobús. Lo mejor de la tarde fue que se oía el autobús.

El regalo de Julita lo cuento más adelante. Se merece su sitio.

Para apuntar el cumpleaños como era debido, esa noche inventé un aparato. Es el cuarto de mi carrera, detrás del temblómetro, el rojómetro y el aquímetro: una esfera con su aguja, como la de un reloj, y cinco marcas. Cero, silencio. Uno, cucharillas. Dos, charla. Tres, canciones. Cuatro, trompeta. Lo titulé EL RUIDÓMETRO, «cuánto ruido hace una fiesta», puse la aguja en el 1 y debajo dibujé una taza pequeña, que era la mía.

Julita pasó la página sin pedir permiso, miró la esfera, miró la taza y escribió con el rotulador flojo:

Un cumpleaños a 1 no es un cumpleaños. Es una merienda. —J.



Cerró el rotulador, apoyó los codos en el mostrador y dijo, como quien lee el orden del día:

—El miércoles 21 es el mío. Y prometimos celebrarlos juntos.

—Después del 21 —dije yo.

—El sábado 24. A las cinco.

—A las cinco.

Los dos lo apuntamos. Yo, a lápiz, en el cuaderno rosa; ella, en verde, en su libreta pequeña, que tapó con el brazo entero, como se tapa un examen. Yo tapé el mío con el codo. Al fondo, Mara estampó un papel y saltaron chispas con su olor a vela apagada,

y ninguno de los dos levantó la cabeza, y eso que las chispas se huelen. Quedamos cada uno en una punta del mostrador, de lado y medio de espaldas, dos personas escribiendo la misma fecha como si cada una fuera la dueña.

Ninguno dijo nada más. Ahora me parece raro que dos personas que acaban de ponerse de acuerdo tapen lo que escriben. Entonces me pareció que se escribe mejor con el codo en su sitio.

Yo ya sabía cómo iba a ser la fiesta. Julita, también.

Esto es lo que yo sabía.

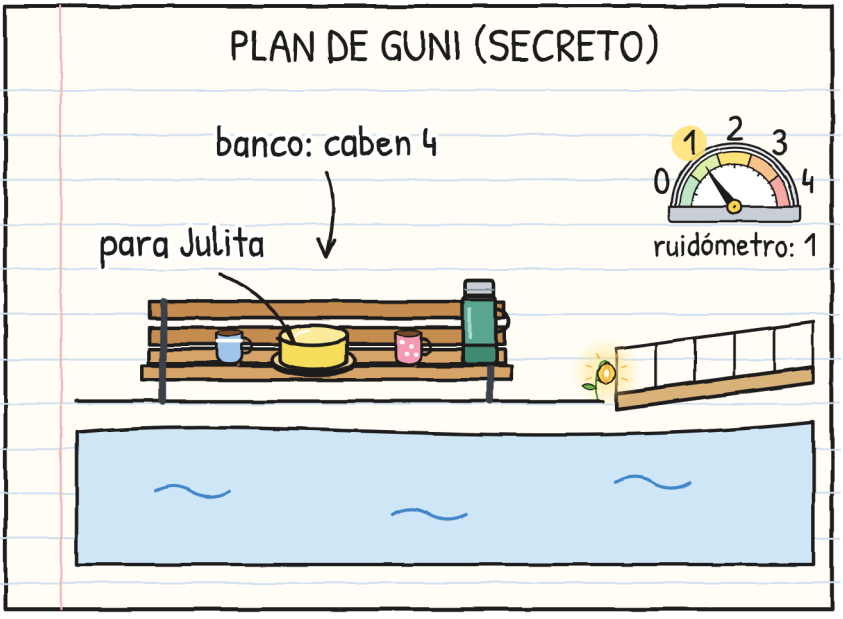
A Julita le hace falta una tarde tranquila. Siempre está corriendo, cronometrando y preguntando, y cuando por fin se queda quieta se le nota en el pie, que sigue yendo a otra parte. Una merienda en el banco de la pasarela, junto al canal, sin ruido, con un termo y una tarta pequeña, le iría bien. Conozco ese banco. Tiene un listón suelto que se balancea si te sientas en la punta, y es el único del barrio desde el que no se ve ninguna tienda. Voy allí cuando necesito que no pase nada.

Sería una sorpresa. Ella no tendría que preparar nada. Solo venir. Me parecía el mejor regalo posible: uno que no da trabajo.

Podría habérselo preguntado. Lo pensé, de pie junto al mostrador, con el lápiz en el aire: «Julita, ¿te apetecería una tarde sin prisa?». Pero una pregunta tiene respuesta, y la respuesta puede ser que no. Un plano no contesta: se queda en el

papel, quieto, esperando, que es lo que mejor se le da a casi todo lo que dibujo.

Lo dibujé aquella misma mañana, en la hoja siguiente: el banco, el farolillo al pie de la pasarela, una tarta, dos tazas y el termo. De camino a la tienda había medido el banco. Caben cuatro. Arriba puse PLAN DE GUNI (SECRETO), por si quedaba alguna duda sobre quién era el secreto.



Lo de Julita no lo supe hasta el viernes siguiente. La página que sigue no la escribí yo: la escribió ella, después, en mi cuaderno, y la dejé donde la puso, justo al lado de la mía. Es donde tiene que estar.

Esto es lo que sabía yo: Guni necesita una fiesta de verdad, con música, aunque no lo sepa. Si se lo pregunto, dirá que no. Así que no se lo pregunto. —J.



Los banderines los dibujó uno por uno, con una paciencia que no le conocía.

A mediodía volvió Toño de un reparto. Dejó la bici en la puerta, entró sin quitarse el casco y se sentó en su caja, donde se sienta «de momento». Yo llevaba desde la mañana cuatro sobres azules, escritos a lápiz con mi mejor letra y apoyando la mano en el borde para no manchar, y Julita estaba al fondo rebuscando en un cajón de cintas adhesivas. Calculé que me quedaban diez segundos.

—Toma. —Le di los cuatro sobres—. Uno es para ti. Los otros, para Mara, Vera y Flora. Es una sorpresa para Julita. No se lo digas.

—Una sorpresa sí la guardo —dijo Toño.

Lo dijo con la voz con que dice «recibido». Metió los sobres en la mochila sin mirarlos, y yo pensé: qué suerte, un repartidor que no lee lo que reparte.

Lo que pasó después me lo contó Toño el viernes, con la hora, porque en RAYO la hora es la mitad del cuento. Yo ya me había ido a comer cuando Julita se acercó a su caja con un taco de sobres verdes sujeto con una goma. Eran nueve. Toño los contó dos veces.

—Uno es para ti. Los otros, para Mara, Vera, Flora, Elia, don Antonio, Zoe, Bruno y la zapatera. Es una sorpresa para Guni. No se lo digas.

—Una sorpresa sí la guardo.

La misma frase con la misma cara. Debe de ser eso lo que distingue a un repartidor de un mentiroso: el repartidor no cambia el mensaje según quién pregunta. Esta vez, eso sí, abrió los dos suyos, el azul y el verde, uno detrás del otro, como se comprueba un albarán. Decían lo mismo: SÁBADO 24, A LAS CINCO. Después de la hora venía el sitio, y ahí cada uno decía lo suyo.

Me lo contó sin adjetivos. Es su forma de ser amable.

Por la tarde fui a la panadería de Elia a encargar una tarta. Olía a corteza tibia y a algo dulce que no supe nombrar. Al entrar, con la campanilla de la puerta todavía moviéndose, oí cerrarse la puerta de la cocina, al fondo: un golpe seco, de los que se dan con la cadera. Me pareció ver un trozo de peto verde.

Pensé que sería otro peto. Los petos verdes abundan; es un color práctico.

Era el mío. Elia me sacó por la cocina. —J.

—Una tarta pequeña de limón —le dije a Elia—. Sin nada encima. Para el sábado 24, a las cinco, en el banco de la pasarela. Es una sorpresa para Julita.

Era la segunda vez que decía esa frase en un solo día, y ya me sonaba a lema.

Elia lo apuntó en una hoja con su letra redonda y la clavó con una chincheta en el tablero de corcho de los encargos. Ahí había ya otra hoja, vuelta del revés.

—¿El sábado 24 a las cinco? A esa hora ya tengo otra tarta. Para otro sitio.

—¿De quién?

—Es un secreto. Como el tuyo.

Me puse de puntillas, que es lo que hago cuando necesito ver algo que no me corresponde y que no me ha servido nunca. Pensé que sería de otra persona. En octubre cumple mucha gente. Lo

pensé bajito, para oír cómo sonaba, y sonaba bien: un mes tiene treinta y un días, y el barrio es grande.

—Te guardo el secreto —dijo Elia, limpiándose las manos en el delantal—. Y al otro, el suyo. Pero tengo un horno y dos manos. El sábado a las cinco, las dos manos van a un solo sitio.

—¿Y la otra tarta?

—Eso lo tendréis que decidir quienes las habéis encargado. Yo hago tartas. Las fiestas, no.

Apunté: «Elia: un horno, dos manos, un sitio». Los números los entendí perfectamente. El «habéis» lo dejé pasar, como se deja pasar un autobús que no va a tu barrio.

A mí me lo dijo al día siguiente. Yo tampoco entendí el «habéis». —J.



Cuando volví a la tienda, Toño había vaciado la mochila encima del mostrador y ordenaba los sobres por colores: los verdes a un lado, los azules al otro, con el cuidado con que se ordena lo que se va a repartir. Al acabar, los volvió a contar. Luego, otra vez.

—Guni, ¿has hablado con Julita de la fiesta?

—No. Es una sorpresa.

—Ya —dijo Toño—. En RAYO, un paquete con dos direcciones no sale de la tienda.

—¿Qué dos direcciones?

—Eso no te lo puedo decir. Me lo han pedido.

RAYO tiene normas para todo, y cada vez que Toño cita una la doy por buena aunque sea nueva para mí. Esta lo era. La apunté sin entenderla, en la esquina de la hoja del plan, que es donde caben las cosas que no encajan en ningún sitio.

Toño se guardó una invitación de cada color en el bolsillo de la mochila.

—Estas dos son mías —dijo—. Las demás, el lunes.

Entonces Mara, que llega a todas las baldas sin taburete de puro mandar, tuvo que subirse esta vez al taburete azul para bajar con las dos manos, de la balda de arriba, la caja del n.º 5: igual que todas las de la estantería, ni más grande ni más pequeña. Dentro, algo de madera hizo crac. En la estantería quedó un rectángulo limpio, del tamaño de siempre, que se sumó a los cuatro huecos; el cartel de la pared siguió diciendo QUEDAN 16.

—Elia viene a las cinco —dijo Mara—. Por fin.

Dos sobres en un bolsillo. Ninguno sabía nada del otro. Los sobres, digo. —J.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Este libro existe en seis tallas, de 3 a 16 años, y en más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L cuentan la historia página a página, con los mismos dibujos y cada vez más matices. La XL es la novela: la misma historia, con sitio para todo lo que Guni piensa y no dice.

Niveles del MCER orientativos: XXS, pre-A1 · XS, A1 · S, A2 · M, B1 · L, B2 · XL, B2–C1.

Cada uno en su talla. La misma tarta. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com (con las actividades de la talla L)